

Segundo año: Lectura de un texto de la Edad Media, preguntas sobre diplomática, historia de las instituciones, crítica de fuentes y clasificación de archivos. *Tercer año:* Varía sólo en las preguntas, que versan sobre historia del Derecho y arqueología.

EJERCICIO ESCRITO. *Primer año:* Transcripción de un texto latino y de otro provenzal, traducción de otros dos impresos, contestación á una pregunta del curso de bibliografía. *Segundo año:* Transcripción de un texto medieval, traducción de uno latino impreso, análisis sumario de otro, contestación á una pregunta de diplomática y á otra de instituciones. *Tercer año:* Transcripción de un texto medieval, preguntas de derecho, arqueología y crítica de fuentes.

Al final de la carrera hay una prueba definitiva, consistente en la lectura y defensa de una tesis, cuyo asunto escogen libremente los alumnos de entre las materias del programa. De esta tesis se imprimen con anticipación los resúmenes ó *posiciones*, que forman todos los años un volumen en extremo interesante. El de la promoción de 1890 contiene 18 tesis, entre las cuales hay algunas de tanta importancia histórica como las siguientes: Estudio sobre las comunidades de habitantes en la provincia de Berry; Historia de Beauvais y de sus instituciones municipales; El reinado de Luis VIII; Estudio sobre la sublevación de los labradores de Inglaterra bajo Ricardo II, etc. (1).

(1) Debo este volumen, y por tanto la ocasión de apreciar directamente el carácter é importancia de las tesis, á la amabilidad de M. Morel-Fatio, que es actualmente secretario de la Escuela. Para más pormenores, véase el *Livret de l'École des Chartes* (1821-1891). París, 1891.

Las clases á que he asistido durante mi estancia en París son las de MM. Luce, Roy y Lasteyrie (1).

M. Luce explicaba *Fuentes de la Historia de Francia*. Habla despacio, con mucha claridad, mirando á cada momento sus notas, y repitiendo á veces párrafos enteros para que los alumnos puedan sacar bien los apuntes. La lección resulta muy erudita, especialmente respecto de la biografía de autores y la bibliografía de sus obras, pero debe fatigar mucho á los alumnos. Las lecciones de M. Roy (*Instituciones políticas, administrativas y judiciales de Francia*) están en el mismo tipo. Empieza dando una bibliografía muy copiosa de la cuestión, y luego explica, apoyando sus afirmaciones con textos y manuscritos, cuya lectura recomienda. Así lo hizo, v. gr., respecto del MS. núm. 343 de la Biblioteca de la Universidad.

La clase de arqueología de M. de Lasteyrie es de las más interesantes de la Escuela. Le oí explicar una lección sobre iconografía cristiana. Comenzó dando la bibliografía, con indicaciones críticas acerca de cada uno de los libros, y luego desarrolló el tema con auxilio de fotografías, que hacía circular entre los alumnos, y de croquis, que dibujaba en la pizarra muy acertadamente. Habla muy claro, reposadamente, con gran colorido y fuerza en la frase, y en perfecta posesión del asunto. Ya he dicho antes que en la metodología de M. de Lasteyrie entran las excursiones,

(1) M. Tardif, el ilustre autor del libro *Sources de l'histoire de France*, á cuya clase tenía yo gran interés en asistir, había muerto poco antes de mi llegada. Su cátedra estaba vacante. Posteriormente á mi visita ha muerto también M. Luce; ocupa su cátedra M. Molinier, y la de Tardif, M. Viollet.

que hace todos los años á los museos y monumentos de París y sus alrededores. Circunstancias ajenas á mi voluntad me impidieron asistir á una de estas excursiones que M. de Lasteyrie, con galantería que nunca le agradeceré bastante, me prometió organizar para que me enterase experimentalmente del modo como utiliza este medio de educación.

M. Frédéricq habla también de la clase de paleografía, que dirige M. León Gautier. «La lección á que asistí—dice—se empleó toda en la lectura de documentos. Es el sistema del profesor, y me parece excelente. M. Gautier no explica casi nunca lecciones teóricas; durante todo el año hace leer á sus alumnos, procurando sacar la teoría de la práctica misma. Me han asegurado que de este modo alcanza resultados sorprendentes.» He aquí otro profesor que ha entendido bien el carácter de su asignatura.

La Escuela de Cartas, como la de Estudios superiores, tiene una *Biblioteca* en la cual se publican trabajos de los profesores, de los antiguos alumnos, y aun de los que no han terminado la carrera, formando una colección de estudios históricos, «cuya sinceridad científica y riguroso método son altamente apreciados por los sabios de todos los países».

Como se ve, la enseñanza dada en este centro se inclina del lado de la erudición, en gran parte por el carácter profesional que tiene, y á cuyas exigencias hay que atender. La procedencia y las condiciones en que ingresan, por lo general, los alumnos, no permiten tampoco hacerla más íntegra, en el sentido de la educación para los estudios históricos. Así ha podido decir M. Lavissee, que la enseñanza de la Escuela de Cartas tiene sus peligros. «No es

bueno—escribe—encerrar á un muchacho, al salir del colegio, en una parte exclusiva de la historia, la Edad Media sobre todo, porque el estudio de esta época está lleno de seducciones que el vulgo no sospecha..... Si no se tiene bastante educado el espíritu para colocarle en el lugar que le corresponde dentro de la historia general, hay peligro de caer en el prejuicio optimista respecto de la Edad Media, prejuicio muy extendido entre los alumnos de aquella Escuela. Corren el riesgo de perderse en los detalles, de quedarse en los rincones; porque los rincones son numerosos, los detalles infinitos, y el efecto usual de un aprendizaje en que el estudio de los medios técnicos de investigación alcanza un lugar preferente, es quitar al espíritu el sentido de la proporción de las cosas.» Hay que convenir que esta consecuencia, aunque no es un peligro tan fatal como quizás pudiera deducirse de las palabras de M. Lavissee, se produce en la mayoría de los casos, demostrando la necesidad de la cultura general, que equilibra las fuerzas intelectuales y les da la relación orgánica que necesitan. Bien es cierto que una buena segunda enseñanza, ó mejor, una educación integral, de carácter enciclopédico, que comprendiera en gradación de intensidad el período de años en que hoy se dividen la escuela y el instituto, sin que entre una y otro haya la debida homogeneidad y enlace, pondría á los alumnos en condiciones de cultura suficientes para evitar los peligros de un trabajo demasiado especial; pero aun así, no podría descuidarse aquel elemento, y de todos modos, en el estado actual, es imprescindible (1).

(1) Recuérdese la opinión de M. Thévenin citada más arriba. Los

Por fortuna, aunque el programa de la Escuela de Cartas no exige para la admisión más que el grado de bachiller, figuran ya entre sus alumnos bastantes procedentes de la enseñanza superior. Así, en la promoción de 1890, de 18 aspirantes al título hay cuatro que son licenciados en Letras, y dos que lo son en Derecho. No tiene duda que éstos han de aprovechar mejor la enseñanza técnica de la Escuela que los simples bachilleres, los cuales tienen, á su vez, el recurso (que ya practican algunos) de asistir á las clases de la Sorbona. Tanto á unos como á otros, la Escuela de Cartas ofrece, en su género, una enseñanza completa y elevada, cuyos resultados para la ciencia de la historia son patentes y continuos.

Resta advertir, para terminar, que el organismo de la enseñanza pública francesa ofrece, además de las citadas, otras instituciones que contribuyen mucho á la educación histórica. Bastará citarlas, no requiriendo, después de lo dicho, mayor desarrollo esta noticia. Son: la Escuela del Louvre, la de Roma y la de Atenas ya citadas, y la Misión del Cairo. Á estas tres últimas van mucho los que han sido alumnos de la de Estudios superiores.

3.—Inglaterra.

El problema de la enseñanza de la historia tiene en Inglaterra un carácter muy especial, variando su posición en

alumnos de historia necesitan, para orientarse bien en las investigaciones, nociones de derecho. Tal es, también, la opinión, entre otros, de M. Rossi, profesor en Bolonia, expresada en un reciente escrito acerca de *La enseñanza de las ciencias sociales en la Universidad* (*Revue du droit public et de la science politique*, núm. 2. París, 1894).

los diferentes centros educativos. Podemos tomar como ejemplo para nuestra exposición, las Universidades de Cambridge y Oxford, que son también las que hoy, acaso, dan más importancia á los estudios de aquel género en la Gran Bretaña (1).

El profesor de «Historia moderna» de Cambridge (2), Mr. Seeley, imprime á su enseñanza un cierto carácter filosófico, ó más bien político, tendiendo á formar en sus alumnos un sentido racional de la historia, que al mismo tiempo les sirva como de elemento experimental para el caso de su intervención en la vida pública. La teoría de Mr. Seeley se contiene en la ponencia que presentó al Congreso internacional de educación de Londres de 1884. Hay dos elementos—dice—en la historia, como en toda ciencia: uno es la investigación de los hechos, y otro la generalización de ellos y la deducción de los principios comunes á todos. Aunque ambos corresponden perfectamente á los fines del historiador, lo general es que se vean como cuestiones distintas, que piden también órganos distintos. Por lo general, el historiador cree que no le corresponde, propiamente, más que el primer trabajo, reduciéndose á la condición de «investigador y narrador de los hechos», y dejando la segunda parte de la obra histórica á los que se llaman ordinariamente sociólogos. Contra esto, que juzga un error, protesta Mr. Seeley,

(1) Paul Frédéricq, *De l'enseignement supérieur de l'histoire en Ecosse et en Angleterre* (*Rev. intern. de l'enseignement*, IX y X, 1885).

(2) En la Universidad de Cambridge hay los siguientes grupos de materias que pertenecen á los estudios de historia: Filología oriental; filología clásica; filología moderna; historia y arqueología. Este último sólo tiene, propiamente, seis clases que correspondan á su título; las hay, en el mismo grupo, de teología, moral y jurisprudencia.